

# Obras feministas de François Poulain de la Barre (1647-1723)

Pilar Gonzalvo

Es un placer tener entre las manos una hermosa edición de una obra que desde el principio se antoja interesante. Aun más si no se trata de un solo libro sino de cuatro relativos a un mismo tema; y la atracción aumenta si a ello podemos añadir que el autor, que escribió en los últimos años del siglo XVII y los primeros del XVIII, pudo ser un clásico, no venerado como algunos de sus contemporáneos, pero tan importante como para haber servido de referencia a lo largo de más de dos siglos. Y, sin embargo, François Poulain de la Barre es prácticamente un desconocido para casi todos los historiadores americanos de hoy. Así que ¿por qué desenterrarlo a estas alturas?

A partir de la primera surgen sucesivas interrogantes: ¿Quién fue Poulain de la Barre? ¿Por qué puede importarnos conocerlo? ¿Qué vigencia pueden tener las reflexiones de alguien que escribió a favor de las mujeres en otro continente y en un contexto en apariencia totalmente diferente del nuestro? ¿Cómo puede afectar a nuestra cultura el conocimiento de alguien que nada dijo y acaso nada supo de México ni de América? En el estudio preliminar, Daniel Cazés nos da algunas respuestas y nos muestra hasta qué punto un pensamiento libre de prejuicios, una mente clara y una exposición atrevida nunca envejecen porque atraviesan las barreras del espacio y del tiempo. Nos permite ver, además, que el estudio de un autor o de una obra es un buen camino para llegar a conocer el mundo en que vivió y en el que creó sus textos. A partir de aquí depende del lector la decisión de asumir como propio ese mundo del pasado que también es el nuestro en la medida en que seamos capaces de integrarlo a nuestro universo cultural. Porque con frecuencia defendemos como signo de identidad nuestro

apego a culturas locales: la cultura de nuestro tiempo, de nuestro entorno, de quienes hablaron nuestra lengua o se expresaron con criterios estéticos que compartimos. Todo esto es un fragmento, o varios fragmentos de ese universo de la cultura que nuestros antepasados conquistaron con su sensibilidad artística, con su percepción de los problemas sociales, con sus inquietudes científicas, con sus preocupaciones filosóficas o con su mentalidad crítica.

Existen regionalismos cegatos que pretenden establecer fronteras entre lo propio y lo ajeno, de modo que nos amenazan con el estigma del rechazo por traición cuando nos atrevemos a buscar más allá de nuestro entorno, y apreciar, disfrutar y asumir con orgullo la totalidad de las obras humanas, desde las pinturas rupestres hasta las naves espaciales, desde las pirámides de Egipto hasta las últimas expresiones musicales del *rock*. Y ¿qué tiene que ver Poulain de la Barre con esa cultura universal? Su prosa no es sublime, sus temas no construyen una epopeya y su biografía tampoco muestra la personalidad de un héroe. Poulain, ahora lo sabemos, gracias al estudio crítico que acompaña la edición, fue un hombre de su tiempo, con sus debilidades y sus cobardías, con sus grandes aspiraciones y sus modestos logros, que padeció la crisis de conciencia de un eclesiástico ante el dilema de mantener la ficción de una fe perdida o de romper sus votos para incorporarse a la Iglesia reformada. Y es la opinión de un hombre sensible y conocedor de su mundo lo que nos interesa y nos atrae.

Daniel Cazés, en los primeros capítulos del primer tomo, no se limita a darnos los datos de la vida de Poulain sino que lo sitúa en su tiempo, en un momento histórico que se nos antoja remoto pero que sin duda fue

el antecedente de logros recientes en los derechos humanos de los que querríamos atribuirnos todo el mérito; como si en el pasado la historia de las mujeres hubiera sido de permanente sumisión y silencio. Poco favor hacemos a ellas y a ellos si suponemos que todos los varones disfrutaban con su dominio despótico y todas las mujeres rumiaban calladamente sus rencores. En palabras de Poulain: “Se ultraja en exceso a los hombres cuando se pretende que siempre han permitido tan indigna injusticia” (tomo IV, p. 115).

Cuando el autor nos platica de los *salones* en que las damas parisienses hablaban de literatura o se interesaban por las ciencias, lo hace porque fue precisamente en esas reuniones donde seguramente maduró el pensamiento de Poulain de la Barre. *Las preciosas ridículas* de Molière no eran sino la caricatura de mujeres inquietas e inconformes con el ambiente de ignorancia en que se las mantenía. Mujeres que todavía no se atrevían a desafiar las conveniencias porque ellas mismas no estaban convencidas de su propia capacidad intelectual. Así lo apunta el autor cuando sugiere que Poulain pudo dirigirse a una dama en especial, Eulalia, a la que dedicó su obra de carácter pedagógico, para alentarla en su esfuerzo por superarse mediante una instrucción que abarcaría cuantos temas consideraba necesarios para una buena formación intelectual. En todo caso, Eulalia, ya fuese algo más que la musa del joven clérigo o una joven entre tantas que acudían a los salones, bien puede representarlas a todas puesto que la educación intelectual debía estar al alcance de todas las mujeres.

No falta la referencia a las mujeres que asistieron a los *salones* y que se identificaron como preciosas, incluso con una larga

lista en el apéndice. Y no podemos evitar la pregunta sobre el eco que tales reuniones pudieron tener en la corte española y en las provincias americanas. Lo que conocemos nos hace pensar que la influencia fue tardía, pero real, y también que las condiciones de la corte francesa eran muy diferentes de las protocolarias y aburridas reuniones provincianas en los virreinos americanos, en los que las apariencias, las joyas, el vestuario, el tocado y los modales eran valorados como indicios de la categoría de las personas, mientras que los debates académicos se reclusan en las aulas universitarias, siempre sobre los viejos temas de la escolástica. Se antoja que más que semejanzas encontraríamos diferencias al comparar las discusiones en los salones de París con la reunión de sabios a la que se enfrentó sor Juana Inés de la Cruz en la corte virreinal.

Así es como en la introducción se destacan las peculiaridades del ambiente en que se discutían las cuestiones que interesaron a Poulain y a las que dedicó varias de las obras de su juventud. Al referirse a “Las expresiones del feminismo en Europa del Medioevo al siglo XVII” busca Cazés subrayar hasta qué punto la obra de Poulain no cayó en un desierto sino en tierra fértil, que no se dirigió a las mujeres por considerarlas ignorantes sino porque existían

antecedentes de mujeres destacadas en las letras, las artes y las ciencias. Todavía no conocemos una obra que se pueda considerar exhaustiva en el estudio de las mujeres del pasado destacadas en las artes o las ciencias; tampoco es la intención del autor elaborar una larga lista, sino dejar que asomen algunos ejemplos. Trotula, Eloísa, Christine e Hildegarda son modelos representativos de mujeres medievales, de los que da amplia noticia. Se completa la exposición con la referencia a las revistas destinadas al mundo femenino y la mención de novelistas, poetas, científicas, y feministas más o menos conscientes y combativas que destacaron a fines del siglo XVII y durante el XVIII. Quizá nos gustaría encontrar a la pintora Sofonisba Anguissola o a Verónica Franco, que no se limitó a escribir poemas sino que luchó por mejorar la situación de las cortesanas (prostitutas) enfermas o ancianas. También podríamos pedir que se hubiera incluido a las humanistas y catedráticas castellanas y a las poetas musulmanas que escribieron en Al Andalus. Y entre las místicas de relieve de la literatura española tendría un lugar de honor nuestra sor Juana, quien además defendió expresamente el derecho de las mujeres a la instrucción. Pero eso sería pedir otro libro distinto del que el autor nos ofrece.

Para sus fines de ambientación cultural, el recorrido es más que suficiente. La mención de algunas mujeres notables, precursoras o contemporáneas de las “preciosas” del siglo XVII, se justifica como precedente de lo que se llamó la disputa de las mujeres o la *querelle des femmes*, que no sólo se trató en tono frívolo o burlesco sino que fue motivo de debates teológicos y filosóficos.

Con este preámbulo podemos iniciar la lectura de los textos feministas, que constituyen un conjunto ordenado de los argumentos a favor de la igualdad intelectual de los dos sexos. No pretendería buscar en las obras de Poulain alguna novedad, algunas ideas o propuestas que no se hayan discutido en los últimos siglos. Pero lo que se encuentra es suficiente para dar una idea de las preocupaciones propias de su época. Los conflictos religiosos estaban presentes en cualquier discusión y los argumentos teológicos o morales tenían que servir de apoyo a cualquier afirmación, de modo que en el libro sobre *La igualdad de los sexos* son constantes las referencias a las virtudes femeninas, a la vida conventual, a la moral, a la historia eclesiástica o al derecho canónico, y, con indudable influencia de las doctrinas protestantes, aparece una afirmación que no sólo en el siglo XVII sino también en el XX fue motivo de controversias y de escán-



Julia Margaret Cameron, *Ophelia*, 1867



Julia Margaret Cameron, *Sappho*, ca. 1866



Julia Margaret Cameron, *Beatrice*, 1866



Julia Margaret Cameron, *Rosebud Garden of Girls*, 1868

dalo: “Si los hombres estuvieran acostumbrados a ver a una mujer en el púlpito, no les afectaría más que lo que afecta a las mujeres el que esté en él un hombre” (tomo II, p.108).

En un estilo diferente se desarrolla el libro de *La educación de las mujeres*, que se presenta en el tomo III de la serie y es en el

que cuatro personajes, dos mujeres y dos varones, dialogan a lo largo de cinco conversaciones sobre la falsa sabiduría, la utilidad de las ciencias para las mujeres, la autoridad, los prejuicios, la duda metódica (en que se muestra seguidor de Descartes), la necesidad de conocernos a nosotros mismos y de conocer a Dios.

Ya en el cuarto y último tomo de las obras reunidas en esta edición, Poulain se atreve a criticar la misoginia de los teólogos, frente a la que pretende justificar la igualdad de los sexos por decisión divina. Subraya las diferencias entre autoridad y poder dentro de la familia y del matrimonio e introduce la curiosa observación de que “Dios se adapta a las costumbres”, con lo que pretende hacer compatible el contenido de la *Biblia*, escrita muchos cientos de años atrás para un pueblo rudo. Muy lejos de su intención está criticar los textos bíblicos, pero igualmente inaccesible para una mente lógica es aceptar muchas de las afirmaciones expuestas en los libros de los *Proverbios* y del *Eclesiastés*, en los que encuentra el origen del rechazo hacia las mujeres presente en el mundo judío y en el cristiano. En diálogo consigo mismo pasa revista a las opiniones de los padres de la Iglesia, a los filósofos del mundo antiguo. Con frecuencia acepta las palabras de autores de prestigio pero rechaza la interpretación que se les ha dado; otras veces refuta lo que considera inadmisibles, y en ocasiones considera los errores tan evidentes que deja al buen juicio del lector la refutación.

Finalmente Poulain nos ilustra más sobre su mundo que sobre la condición de las mujeres; nos habla de lo que sus contemporáneos discutían y de lo que en la coyuntura de la reforma de la Iglesia se atrevían a opinar. Y su lectura es fácil y es instructiva. Bien podemos agradecer a Daniel Cazés la iniciativa y la realización de esta obra. ■

---

*Obras feministas de François Poulain de la Barre (1647-1723)*, edición crítica de Daniel Cazés Menache con la colaboración de Haydé García Bravo, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México, 2007, 346 pp.

En su estudio preliminar, Cazés muestra hasta qué punto un pensamiento libre de prejuicios, una mente clara y una exposición atrevida nunca envejecen.